

tiva Flora, nos lega con su flor aterciopelada un recuerdo de sus primeros dones.

La reina Cristina, que quiso immortalizarse renunciando el trono para cultivar la filosofía y la amena literatura, instituyó en sus Estados la orden de los caballeros del Amaranto.

La Academia de los *Juegos florales* de Tolosa, distribuye todos los años cinco premios destinados á otros tantos poetas que los hayan merecido en aquel antiquísimo certámen llamado del *Gay saber*, ó de la *Gaya ciencia*. Consisten dichos premios en un *amaranto* de oro y una rosa silvestre del mismo precioso metal, en una violeta, un lirio y una caléndula de plata.

En 1390 dos de los siete conservadores de los *Juegos florales* de Tolosa se trasladaron á Barcelona, llamados por Juan I de Aragon, para establecer allí una institucion análoga y con efecto fundaron el *Consistorio de la Gaya ciencia*, bajo reglas y estatutos semejantes á los de la Academia francesa de Tolosa. Durante el largo período de cinco siglos que han transcurrido el *Consistorio* ha desaparecido y vuelto á reaparecer varias veces. Hace algunos años que funciona de nuevo celebrando concurso en Barcelona durante el mes de mayo.

(Se continuará).

EL OSO Y EL RUISEÑOR.

(Cuento alemán.)

Un oso y un lobo se paseaban cierto día por el bosque, y oyendo aquel el grato gorgojo de un pájaro preguntó á su compañero:

—Hermano lobo, ¿quién es ese bello cantor?

—El rey de los pájaros, contestó el lobo; es necesario saludarle.

Era con efecto un ruiseñor.

—Siendo así, repuso el oso, su majestad debe tener un palacio: ¿no podrás enseñármelo?

—No es eso tan fácil como tú imaginas: será preciso aguardar á que la reina vuelva á entrar.

Entretanto la reina llega trayendo en su pico lo mismo que el rey, lombricillas para alimentar á sus hijuelos. El oso los hubiera seguido de muy buena gana pero el lobo le retuvo por la manga, diciéndole:

—Aguardemos á que vuelvan á partir.

Y con esto fijándose ambos muy bien en el sitio donde el nido se encontraba, prosiguieron por entonces su camino.

Pero picado el oso por la comezon de la curiosidad, y deseando ver cuanto antes el palacio del rey de los pájaros, no tardó mucho la vuelta al mismo paraje.

El rey y la reina hallábanse ausentes y dirigiendo la fiera su vista sobre el árbol vió cinco ó seis pajarillos acurrucados en el nido.

—¿Y es esto el palacio? exclamó entonces, pues no deja de ser un palacio bien triste; y vosotros... vosotros no sois hijos de rey y nobles criaturillas.

Los ruiseñores polluelos se enfurecieron mucho oyendo palabras tales y gritaron á su vez:

—Te equivocas, oso; nosotros no somos lo que tú dices: nuestros padres son nobles, y tú pagarás cara tu injuria.

A esta amenaza el oso y el lobo, llenos de temor se refugiaron en sus guaridas.

Pero la pollada de ruiseñores proseguía piando y haciendo grande ruido. En cuanto volvieron sus padres á traerles la comida.

—El oso, les dijeron, ha venido á insultarnos y no nos moveremos de aquí ni comeremos una sola migaja hasta que obtenga reparacion nuestro decoro.

—Permaneced tranquilos, les contestó el rey; vuestra honra quedará restablecida.

Y volando con la reina hasta el escondrijo del oso, le apostrofa del modo siguiente:

—Viejo gruñon, ¿por qué has insultado á mis hijos? Ya puedes apercibirte porque te vamos á hacer una guerra á muerte.

La guerra estaba declarada: el oso llama en su ayuda al ejército de los cuadrúpedos; al buey, al asno, al ciervo y á todos sus iguales.

Por su parte el ruiseñor convoca á todos los que vuelan por los aires, no solamente aves grandes y pequeñas, sino tambien los alados insectos, tales como moscas, cínifas, abejas y tábanos.

Al acercarse el día de la batalla, el rey despacha sus espías para saber quién era el general de las tropas enemigas. El mosquito era el mas sutil de todos y fué por lo tanto el encargado de volar hácia el bosque. Trasladado á él penetra en el mismo sitio donde el enemigo acampaba y se oculta bajo una hoja del mismo árbol bajo el cual celebraba sus deliberaciones. El oso llama al zorro y le dice:

—Compadre, tú eres el mas astuto de todos los animales: quedas elegido general nuestro.

—Con mucho gusto, respondió el raposo; pero ¿de qué señal nos valdremos para un caso determinado?

Nadie dijo una palabra.

—¡Pues bien! continúa el zorro; yo tengo una hermosa cola larga y encrespada como un penacho encarnado: mientras yo la tenga levantada en el aire significará que las cosas marchan bien y continuareis avanzando; pero si llego á abatirla por tierra será lo mismo que si gritase, *sálvese el que pueda*.

El mosquito, que no habia perdido ni una sílaba de todo esto, volió á contárselo todo, punto por punto, al ruiseñor.

Al rayar el alba los cuadrúpedos acudieron al campo de batalla galopando de tal suerte que hacian temblar la tierra.

El ruiseñor entretanto aparecia en los aires con su ejército que zumbaba, piaba y volaba por todos los costados, de manera que producía el vértigo.

Sus contrarios los atacan con furor, mas el ruiseñor despacha al tábano con orden de colocarse bajo la cola del raposo picándole allí con toda su fuerza. Al primer aguijonazo el zorro no pudo menos de dar un bote mayúsculo, pero procurando tener siempre el rabo enhiesto; al segundo no pudo ya menos de bajarle un poco; mas al tercero no pudiendo resistir mas, le abate del todo y dió á huir rabo entre piernas, lanzando lastimeros ahullidos. Observando esto los cuadrúpedos creyeron que todo estaba perdido y comenzaron á huir á la desbandada refugiándose cada uno en su escondite: con tal industria los pájaros ganaron la batalla.

El rey y la reina volaron presurosamente á su nido gorgojo estas palabras:

—Hemos sido los vencedores, hijos míos: ya podeis beber y comer alegremente.

No basta eso, dijeron los pajarillos, es preciso ahora que el oso se presente aquí y nos dé una satisfaccion declarando que reconoce nuestra nobleza.

El ruiseñor entonces vuela hasta el albergue del oso y le dice:

—Viejo regañon, vas á venir á dar tus excusas delante del nido

de mis hijos y á confesar que reconoces su alta alcurnia; de lo contrario guarda tus costillas.

El oso atemorizado acudió rastreramente á dar las satisfacciones que se le exigían.

Con esto los ruiñeños se apaciguaron, festejando alegremente tan fausto suceso (1).

Por donde se vé además cuán cierto es el refrán que dice, que *no hay enemigo pequeño*.

(De los hermanos Grimm.)

EL TERMÓMETRO.

El *calórico* ó el *calor*, que es lo mismo, no puede penetrar un cuerpo cualquiera sin aumentar su volumen, de modo que el cuerpo por él penetrado, ocupará más espacio á medida que el calor se acumule ó que el cuerpo esté más caliente.

Por un efecto inverso ó contrario, cuando el calor disminuye, cuando el cuerpo se enfria, se contrae y ocupa tanto menos lugar cuanto más frio está. Esta diferencia de calor ó de frio se llama *temperatura* y se dice, hablando de un objeto muy caliente, que su temperatura es muy elevada, y de un cuerpo frio, que su temperatura es muy baja. Cuando se ponen en contacto dos cuerpos de diferente temperatura, estos dos objetos tienden á ponerse en el mismo grado: el mas caliente cede de su calor y el mas frio lo toma. Teniendo un rato en la mano una llave cualquiera, se adquiere una prueba de esta verdad.

Con estos datos pasemos á examinar el *termómetro* que sirve para determinar si un cuerpo, un líquido, un día, es más ó menos caliente que otro.

La pieza principal de este instrumento es un tubo de cristal ó mas bien una pequeña redoma, cuyo cuello es excesivamente largo y que está llena de mercurio (azogue) ó de espíritu de vino de color encarnado, que no se hiela jamás; la estremidad del cuello ha sido tapada despues que se ha introducido el líquido, y despues de haber extraído el aire del tubo, á fin de que no contrarie el movimiento del líquido, que debe subir ó bajar segun la temperatura en que se le coloque, porque este licor, ó bien el mercurio, aumenta ó disminuye, como todos los otros cuerpos, de volumen á medida que se calienta ó se enfria.

El tubo debe estar unido á una pequeña tablita de madera en la cual se hayan señalado rayas negras trazadas á igual distancia entre sí; á cada uno de los espacios que entre ellas median, se les llama *grados*.

Este instrumento no se divide en igual número de grados en todos los países. Se distinguen tres especies de termómetros: el centígrado, el de Reaumur, y el de Farenheit.

En el termómetro centígrado, está dividido en cien partes el intervalo comprendido en la estension del tubo, y en el de Reaumur, esta estension está dividida en ochenta.

El termómetro de Farenheit, que se usa especialmente en los países en que predomina la lengua inglesa, se divide en doscientas doce partes.

Vése pues cuán importante es, cuando se cita una temperatura, no omitir la designacion del termómetro de que se ha hecho uso para marcarla. Limitémonos ahora á explicar el termómetro de Reaumur.

Para colocar todos estos grados y todas estas divisiones, se ha partido de dos puntos muy conocidos, á saber; el principio del des-

hielo que es el punto cero, y el agua hirviendo que corresponde al grado ochenta sobre este punto cero; y en efecto, si se sumerge el instrumento en la nieve, el licor descenderá á cero y se detendrá allí, y si se le sumerge en agua hirviendo subirá á ochenta y no pasará de allí; así pues los grados que están sobre cero, señalan el calor y los que están debajo señalan el frio.

Véase ahora lo que se ha querido indicar en este termómetro de Reaumur, con las palabras que se leen en su tableta.

Junto al grado ochenta se ha escrito *agua hirviendo*, porque como se ha dicho ya, el licor ó el mercurio suben hasta allí cuando se introduce el pié del termómetro en agua hirviendo.

Junto al grado 32 está escrito, *calor humano*. Esta es la temperatura del interior del cuerpo, la de las camas, etc., etc.

Junto al 26, se vé escrito *baños*. Esta es la temperatura que se aconseja ordinariamente á los enfermos para los baños.

Junto al 19, se lee *gusanos de seda*. Esta es la temperatura que conviene á estos animales y que es preciso conservar en la habitacion en que se les cria.

Junto al 10, se lee *templado*. Esta es la temperatura de los sótanos.

Junto al 6, se lee *naranjos*, porque en efecto, este es el grado de calor que conviene á estos árboles.

Junto al punto 0 se lee *hielo*, y en él se separan los grados de frio de los grados de calor.

Léese despues, *rios helados*. Se ha observado que el Sena se hiela en París 6 grados bajo cero próximamente. Hay algunas excepciones de esta regla.

Por fin los inviernos muy frios están tambien señalados para servir de término de comparacion.

En 1740 fué tan intenso el frio en Rusia que se construyó un palacio de hielo de diez y siete metros de largo y de cinco y medio de anchura; los hielos del Neva, del cual se sacaron los pedazos para construir los muros, tenían una vara de espesor. Fabricáronse asimismo seis cañones de hielo con sus cureñas y sus ruedas fueron cargados y disparados y no reventaron.

El termómetro baja en Siberia hasta setenta grados bajo cero.

Pareceres opuestos.

Dos amantes tiene Elvira,
jóven hermosa y discreta,
y los dos á todo trance
quieren casarse con ella.

El uno es rico, mas tonto,
el otro es hombre de letras,
mas como no son de cambio
el pobre es pobre de veras.

¿A cuál elegirá Elvira?
ya escucho que me contestan:
—Al rico.—Pues no hay tal cosa.
—¿Al sábio?—Mas sábia es ella.

Despues de pensarlo mucho
dió calabazas tremendas,
al sábio porque era pobre,
al rico porque era bestia.

Desde entonces uno y otro,
cuando tristes la contemplan,
dice el discreto: ¡Qué guapa!
y el tonto exclama ¡Que fea!

J. Morant

(1) De asunto sumamente parecido tenemos en castellano un romance de ciego que se titula: *El Leon y el Grillo*.